

MÉXICO Camino de Servidumbre⁽¹⁾

George Byram Lake

- I -

La satisfacción que siente México por el hecho de ser poseedor de cincuenta billones de barriles de petróleo, que el mundo clama por comprar a precios estratosféricos, se ve moderada por una profunda falta de confianza. Sin embargo, no con respecto a su riqueza petrolífera. Según dicen y han podido comprobar los geólogos, sus reservas de petróleo y de gas alcanzan para poder exportar en la proporción actual de 1.2 millones de barriles diarios hasta más allá de fines de siglo y que proveerá las necesidades domésticas de energía hasta el año 2030. Además, creen que existen otras inmensas reservas petrolíferas para ser eventualmente explotadas. De modo que ¿de qué preocuparse?

El Presidente José López Portillo está ansioso porque su país evite correr la suerte de otros países que se han visto abrumados por la riqueza petrolífera, de los cuales, Irán constituye un ejemplo espantoso. Él espera que su vasto Plan de Desarrollo Global, diseñado para servir de guía en todos los aspectos de la economía, tanto privada como pública, contribuya a «mejorar la distribución de la riqueza, tanto entre la gente como entre las distintas regiones geográficas». Énfasis especial ha sido puesto en la alimentación, educación, salud y capacidad habitacional, en un esfuerzo por transformar a México en una potencia industrial capaz, por primera vez en su historia, de brindar una oportunidad de vida y desarrollo a la hoy sumergida mitad de su población.

Un período de fuerte, pero no muy parejo desarrollo económico se halla en camino impulsado por la bonanza petrolera. Según el brillante joven economista, Dr. Luis Pazos, cuyos libros sobre asuntos públicos tienen general acogida en la nación, México está provisto de mayores recursos naturales que Alemania Occidental y el Japón combinados. Los ingresos del petróleo y los billones de dólares obtenidos en préstamos en el exterior, van a ser utilizados para desarrollar las industrias de minería, agricultura, pesquerías y turismo para nombrar unas cuantas en la esperanza de que México pueda prosperar mucho después de que la bonanza producida por el petróleo haya mermado. Los expertos opinan, por ejemplo, que, eventualmente, la minería por sí sola podría resultar más provechosa que el petróleo. La nación tiene más de cuarenta variedades de minerales valiosos y es nuevamente campeona mundial en producción de plata.

Durante el año recién pasado, más o menos, se iniciaron trabajos en muchos proyectos grandes de construcción, la mayoría de los cuales pertenecen al Estado, aunque algunos pertenecen a capital privado mexicano en combinación con prominentes firmas norteamericanas y europeas. Nuevas industrias relacionadas con el petróleo han sido iniciadas y plantas existentes han sido modernizadas en muchas partes del país. Hoteles y edificios de oficinas están siendo construidos. Miles de empleos han sido creados con personal entrenado, demandando salarios nunca antes concebidos. Tan bueno está el crédito del gobierno debido al petróleo, que bancos internacionales compiten entre sí para concederle préstamos sobre grandes proyectos aún en el proceso de planificación. Desde el

punto de vista superficial, las perspectivas no podían ser más halagadoras y, sin embargo... junto con sus océanos de petróleo, México tiene un mar de problemas, algunos de los cuales son demasiado familiares a los visitantes de Norteamérica, tales como la inflación galopante alimentada por lo gastado a través del déficit presupuestario y de la inundación de papel moneda; un alto índice de desempleo, una burocracia federal que apresuradamente se auto convierte en la nueva clase gobernante; un exceso de regulaciones; corrupción en círculos oficiales y en otras esferas; demagogia sin límites; un sistema educacional decadente; servicio postal que funciona a paso de tortuga; creación constante de impuestos cada vez más gravosos; señales crecientes de disolución social. En resumen, la mayoría de los males que nos aquejan en casa, pero en forma especialmente virulenta. El índice de inflación mexicana fue de 9.4 por ciento durante el curso del primer bimestre de 1980, con la predicción de que para el total de año sería del 30 por ciento.

Por difícil que nos pueda ser creerlo, el gasto deficitario es relativamente más alto que en los propios EE.UU. de N. A. Igual cosa sucede con los impuestos federales y, en enero pasado, se estableció un impuesto adicional sobre valor agregado que en la práctica equivale a un impuesto casi general del diez por ciento sobre bienes y servicios.

A causa de la inflación y de los impuestos adicionales, el ingreso real, el cual ya era bajo para la mayoría de la gente, descendió en un 2.4 por ciento durante el año pasado y continúa en descenso. La corrupción es más descarada y más generalizada que en los EE.UU. de N. A. (El jefe de la Policía de la ciudad de México anunció recientemente el haber despedido a 7,500 agentes trámpicos durante los últimos dos años). Miembros activos del partido comunista de México ocupan puestos prominentes en la educación y en la burocracia. El desempleo y el subempleo corren en cifras no de un 8 ó 9 por ciento, sino de alrededor del 40 y el 50 por ciento. Millares de profesores de primaria que no han devengado sueldos durante meses por «errores de los computadores» se han radicalizado. Tales son algunos de los problemas en México.

Hasta la fecha, pocos mexicanos han disfrutado de los beneficios de la nueva riqueza petrolera, pero todos han sufrido las consecuencias de los efectos nocivos que la acompañan, especialmente los de la inflación. La diferencia existente entre los muchos prósperos o millonarios funcionarios públicos y el nivel de vida de los ciudadanos trabajadores que los mantienen, continúa aumentando día a día, creando un más agudo resentimiento.

Las cifras preliminares para el censo de 1980 calculan que la población mexicana asciende a 67.5 millones, sin contar los 8 ó 10 millones que han logrado cruzar la frontera. Ese total que al revisarse probablemente sea mayor, señala un aumento de la población de casi 17 millones desde 1970. Setenta y cinco por ciento de esa población es de menos de 25 años de edad, por lo que el peso del impuesto sobre la renta recae sobre los hombros de mucho menos gente de lo que pudiera sacarse en consecuencia de la cifra total.

Quizá el más inmediato y amenazador de los males que aqueja a México es el fracaso del sistema dominante de ejidos (70 por ciento) que prevalece en la agricultura. A igual que el sistema soviético Kolkhoz, resulta incapaz de poder alimentar al país. No puede ni siquiera alimentar a los agricultores.

La idea del ejido es en parte herencia de culturas nativas precolombinas y hoy día ha sido incorporada en la ideología política. Resulta enormemente costosa y una rica fuente de mordidas y de votos para el Partido Revolucionario Institucional (PRI) el cual no ha perdido ni una sola elección nacional durante cincuenta años. Como sucede con el sistema de transferencia de escolares en autobuses en los EE.UU. de N. A. o con las leyes del salario mínimo en ambos países, entre más obvio es el fracaso, mayores son los obstáculos políticos que hay que vencer para poder cambiar.

Las tierras correspondientes al ejido son pertenencia del gobierno y son asignadas, en forma más o menos permanente, a agricultores individuales llamados ejidatarios. Los lotes de terreno de los ejidos por lo general son muy pequeños, de uno a cinco acres en muchas áreas (un acre equivale a 4,840 varas cuadradas), y mientras el gobierno gasta el equivalente en pesos de más de \$3 billones al año tratando de hacer que el sistema funcione, la mayoría de los ejidatarios apenas si pueden obtener del ejido para una miserable existencia. Ellos y sus familias viven hambrientos y en harapos. Cientos de miles de ellos se ven obligados por la pobreza a emigrar (a pesar de ser analfabetos y de no tener ninguna aptitud especial) a las ciudades o si no a convertirse en inmigrantes ilegales en los EE.UU. de N. A. Estos trabajadores indocumentados son por lo general los más jóvenes y ambiciosos de los ejidatarios y, por consiguiente, los que la agricultura mexicana más necesitaría.

Ejidos erosionados y prácticamente sin ningún valor permanecen ociosos por todo México. «Tierra y libertad» fue el grito de batalla de los campesinos que ganaron la revolución mexicana. Ahora, millones de ellos están en condiciones peores que las de sus abuelos en tiempos de Porfirio Díaz. Sus hijos son los que componen el ejército mexicano.

La tierra arable que aún es de dueños particulares consiste en pequeñas fincas en áreas donde la precipitación pluvial es relativamente buena, con terrenos mayores para repasto en las regiones más áridas. Estas fincas, como las granjas pequeñas de propiedad particular permitidas en la Unión Soviética, son eminentemente más productivas que las tierras propiedad del gobierno.

Pero la existencia misma de estos agricultores o rancheros libres se encuentra amenazada. Estaban siendo objeto de un fuerte ataque auspiciado o consentido por el gobierno durante la administración anterior del Presidente Echeverría. Ahora nuevamente se están apoderando ilegalmente de estas tierras pandillas armadas en algunos casos o, en otros, oficialmente por agentes federales con órdenes de expropiación firmadas por el Presidente, de conformidad con viejas leyes de reforma agraria de inspiración socialista. Durante años ya no ha quedado buena tierra para redistribuir, y el gobierno ahora puede premiar al indolente Pablo únicamente robando o expropiando al industrioso Pedro. A los presidentes les gusta que se les conozca como grandes donadores de tierra, y las expropiaciones parecen ganar impulso conforme los períodos presidenciales tocan a su fin.

En cuanto a las expropiaciones ilegales, varias han sido organizadas recientemente por oficiales del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), algunos de los cuales fueron agentes prominentes del fracasado golpe de Estado de 1968, el cual fue sofocado por el ejército con mucho derramamiento de sangre en el propio corazón de la ciudad de México.

El Partido Socialista de los Trabajadores, respaldado por colegas marxistas enclavados en puestos prominentes en los altos círculos gubernamentales, trata de convertir la «economía mixta» mexicana, compuesta de empresa pública y privada, en un Estado socialista plenamente desarrollado, centralmente planificado y burocráticamente dirigido. Reclaman haber movilizado cuarenta mil hombres con instrucciones de adueñarse de miles de acres en dieciocho de los treinta y un estados de México. Sus opositores los acusan de estar planeando un nuevo golpe, el cual ha sido concertado para que coincida con el cambio de presidentes que tendrá lugar a fines de 1982, y dicen que las grandes sumas de dinero que están gastando provienen de la Unión Soviética, a través del Partido Comunista de México. La utilización de dinero de la Unión Soviética para fines subversivos no es nada nuevo en Latinoamérica. Veintenas o quizás cientos de mexicanos graduados de las «Escuelas Terroristas» de Corea del Norte, Checoslovaquia, Cuba y la Unión Soviética, se mueven libremente por México, gracias en gran parte a la amplia amnistía concedida por el presidente. Sus habilidades probarán ser útiles si se realizan los planes para crear una especie de alboroto político como el que actualmente devasta a la vecina república de El Salvador. El público está plenamente consciente de que los campos petrolíferos más grandes que posee México se encuentran en Campeche, Chiapas y Tabasco, a pocas millas de Guatemala y de su sangrienta lucha en contra de una usurpación de poder de tipo sandinista.

Nicaragua, infestada de agentes soviéticos y de otros lugares de la cortina de hierro, no se halla mucho más distante.

El PST y los grupos marxistas aliados trabajan también para crear descontento en los EE. UU. de N. A. Saludaron los alborotos creados por los negros en Miami y los disturbios ocasionados por los cubanos en los campamentos de refugiados, como golpes en pro de la libertad en lucha de clases (México, el cual dio la bienvenida y empleó a cientos de fugitivos izquierdistas procedentes de Chile, tras la caída de Allende, no quiso admitir ni un solo cubano de los 10,800 que buscaron asilo durante la última primavera en la embajada de Perú en La Habana, y el Presidente López Portillo escogió ese momento álgido para anunciar sus planes para una visita amistosa a Fidel Castro).

Los invasores de tierras en México no están interesados en adquirir pacíficamente los terrenos abandonados de los ejidos. De ser posible, prefieren apropiarse de tierras desarrolladas con casas, graneros, maquinaria, ganado, cercas y pozos, asaltando en muchos casos a las familias que han gastado años mejorando su propiedad. Lo que no pueden robar, lo destruyen. Algunos de los gobernadores han dado órdenes de que sean desalojados, pero la mayoría de los oficiales son tímidos y los dejan cometer sus crímenes. Cientos de las fincas y propiedades más productivas de la república han sido confiscadas durante los últimos cinco años en desafío abierto de los títulos de propiedad y aun de certificados de «intocabilidad» firmados por el presidente anterior. «¿Si dejamos de creer en el presidente de la República, si ahora no podemos confiar en la validez de su firma sobre un título de propiedad, no es señal de que estamos a punto de caer en garras de cualquier clase de extraña y fanática ideología?», preguntaba un escritor en la revista semanal Impacto.

El desprecio por los derechos de propiedad y por los derechos humanos de las trabajadoras familias rurales está ahondando la crisis alimenticia de la Nación. «¿Quién habrá de

sembrar para que cosechen los bandidos?», es la pregunta que hacen los pequeños terratenientes. Llaman a los invasores de sus tierras, muchos de los cuales no saben absolutamente nada de agricultura: «campesinos nylon», o «tramposos citadinos».

El problema alimenticio se ha visto acelerado por la peor sequía ocurrida desde hace algunos años. Hasta no hace mucho, México era autosuficiente en la producción de la mayoría de los granos y aún podía exportar algunos. Pero toda alusión a la «Revolución Verde» prevaleciente a principios de los años 70, hoy se calla. Durante el presente año, el gobierno importará doce millones y quizá más de toneladas de granos (casi tres cuartas partes de ellas de los EE.UU. de N. A.), juntamente con grandes cantidades de otros productos, tales como: la leche en polvo.

Pero el adquirir el grano es sólo el primer paso. El segundo es lograr que se efectúe la entrega. Los negocios estatales en todos los países en donde se permiten elecciones, tienen un inconveniente especial. Los nuevos dirigentes nombran nuevos administradores, quienes por su carácter temporal, muestran escaso interés en la conservación. Permiten que las fábricas se deterioren en cambio de «ganancias» ilusorias. Eso es precisamente lo ocurrido en cientos de empresas comerciales de propiedad estatal en México, de las cuales el ejemplo número uno es el constituido por el endeudado sistema de Ferrocarriles Nacionales de México. Se hallan tan dilapidados que no pueden siquiera dar comienzo al manejo del tráfico de mercadería abotagado como está por el inmenso equipo relacionado con los pozos de petróleo y materiales requeridos por el auge de la construcción, amén de la actual entrega de granos. El cargamento de toda clase de mercadería se encuentra embotellado durante semanas y meses enteros en los patios ferrocarrileros y en los puertos marítimos en donde sufre enormes pérdidas por deterioro de mercadería expuesta a la intemperie, el robo y el costo causado por la demora en el transporte. Los escasos vagones fleteros son retirados del servicio para ser utilizados para el almacenaje.

En cuanto a la entrega de granos se refiere, el gobierno ha propuesto una novedosa solución. Que cada semana, doce o más ferrocarriles completos de los EE.UU. de N. A., tripulados tras de cruzar la frontera por equipos de trabajadores mexicanos, condujeran para su entrega a los principales centros de distribución mexicanos el cuarenta por ciento de todas las compras de granos hechas. Las compañías norteamericanas de ferrocarriles, sin embargo, prontamente vetaron dicha idea, principalmente porque miles de sus carros de carga han desaparecido ya al incursionar en los sistemas de ferrocarriles mexicanos, sin que hasta la fecha se les haya logrado localizar.

De modo que equipos de carretones halados con tractor se han hecho cargo del transporte de esa parte de la carga, mientras que el volumen mayor se envía por la vía marítima con la esperanza de que los puertos queden descongestionados pronto.

La esperanza es escasa. Los puertos mexicanos están tiranizados en tal forma por maleantes pertenecientes a las fuerzas sindicales que, en comparación, los muelles de Nueva York dan la impresión de estar limpios de tales problemas. De entre los puertos marítimos del mundo entero los puertos mexicanos tienen fama de ser de los más despaciosos, menos eficientes y más costosos.

Puesto que los esfuerzos por parte de una serie de administraciones por reformar los puertos no han dado resultado, el Gobierno está ahora construyendo cuatro nuevos puertos marítimos –dos sobre del Golfo de México y dos sobre el Pacífico- en parte, dicen los críticos, para soslayar la corrupción prevaleciente en los puertos viejos.

Continuará

Tradujo: Hilary Arathoon

(1) Reproducido y traducido por el CEES con permiso y cortesía de National Review, del original Down Mexico Way the Road to Serfdom (National Review, Oct. 31, 1980).